

Adriana Herrera: texto sobre exposición “*Arquitecturas Afectivas. Venezuela*”,

Curaduría de Aluna Curatorial Collective PINTA 2018, Miami, Florida, USA.

Paul Amundarain, Milton Becerra, Ángela Bonadies, Juan José Olavarría, Muu Blanco, Miguel Braceli, Susy Iglicki, Vasco Szinetar, and Raquel Soffer.

Las ciudades —esas grandes extensiones de la caverna- tendrían que responder a la necesidad primordial de refugio que originó la arquitectura. Pero si no habitamos nunca una tierra ideal, hay espacio-tiempos en los cuales la oscuridad de la historia y el poder acechan sobre las ciudades hasta convertirlas en escenarios sitiados por la violencia. Numerosos artistas latinoamericanos han rastreado en las construcciones los signos del derrumbe en el continente, el fantasma de la modernidad nunca plenamente construida o la paradoja de ciudades que expulsan a sus habitantes.

El proyecto curatorial *Arquitecturas Afectivas* explora el “cronotopo” de Caracas, la capital de Venezuela, en las últimas décadas: una ciudad otrora pujante, sinónimo de grandes sueños modernistas —aunque nunca de equilibrio social— que bajo el espejismo de reformas políticas entra en un proceso de declive arquitectónico, como signo de que está sitiada por un poder voraz y violento que desde dentro acelera su caída. Las obras de este grupo de artistas venezolanos revelan así una nueva topología de Caracas bajo el acoso de fuerzas incontrolables.

La estética de la ruina no ya —o no solamente- asociada a las promesas fallidas de la modernidad, sino a los efectos de la distopía política, se aborda desde múltiples prácticas. Las intervenciones de ruinas urbanas de **Milton Becerra** a fines de los setenta con segmentos de la retícula constructora de la modernidad, eran ya entonces un signo de alerta sobre las crisis urbanas y la futura hecatombe social. Dos décadas después, las abstracciones paisajistas de **Muu Blanco** parten de fotografías rápidas —a veces tomadas desde su carro- de los otrora edificios icónicos de Caracas. Desde una lúdica constructiva continúa rastreando en pleno siglo XXI el vértigo histórico. Las intervenciones en los registros fotográficos de **Susy Iglicki**, que pueden incluir yuxtaposiciones de desastres naturales, geografías de lo incierto, tornan la arquitectura en ficciones capaces de revelar las fisuras de la realidad nacional. **Raquel Soffer** documenta constantes urbanas como los cableados de luz colgantes que originan dibujos del deterioro en el cielo manchado de Caracas. Las fotografías de **Vasco Szinetar** recuentan afectivamente esa experiencia de transitar día a día la ciudad custodiada por el Cerro El Ávila, y verla derruirse esquina a esquina, convertirse en una “ciudad tomada”, cada vez más ajena y más hostil para sus habitantes. **Ángela Bonadies** y **Juan José Olavarría** se adentran en uno de esos grandes proyectos abandonados: la inacabada “Torre de David”, capturada tanto desde el exterior como en el interior de espacios habitados por el desamparo social. **Paul Amundarain** se apropia del lenguaje artístico de la era de esplendor de la Ciudad Universitaria y del arte moderno, pero su alusión a las obras cinéticas está contaminada por imágenes aéreas de los barrios marginales de Caracas. **Miguel Braceli** realizó una de las últimas intervenciones públicas de este tiempo aciago en la Plaza Caracas: una acción participativa invitando a construir “un área común”. El registro documental —de gran belleza formal- captura un atmósfera de desolación, pero la acción en sí reactiva la relación entre ética y estética. Esto es justamente lo que comparten las obras que

conforman Arquitecturas Afectivas. Venezuela: son modos de defensa creativa de la “ciudad tomada”.